

CAPÍTULO IV

LA LIGA DE EMPLEADOS Y OBREROS DE FERROCARRIL Y LA MASACRE DE UNCÍA

1

LA LIGA DE EMPLEADOS Y OBREROS DE FERROCARRIL

Durante mucho tiempo el Estado boliviano consideró a numerosas actividades fuera del movimiento obrero, como parte integrante de los empleados estatales: así resultaron clasificados los profesores, los telegrafistas, etc. Debido a la importancia estratégica de las ferrovías, los empleados y obreros de este sector resultaron, en ciertas ocasiones, marginados del derecho de huelga, etc. Otros empleados, como los de industria y comercio, voluntariamente se sometieron a la mentalidad discriminatoria del gobierno. Sin embargo de todas las limitaciones que podían idearse, había la imperiosa necesidad de luchar contra los despidos, las bajas remuneraciones, los abusos de toda especie a que estaban sometidos los dependientes: la respuesta fue la estructuración de una serie de ligas, para dar a entender que así se marginaban de las organizaciones propiamente obreras. Muchas ligas se transformaron más tarde en sindicatos y otras simplemente desaparecieron arrolladas por formas organizativas más adecuadas. Las ligas tuvieron vigencia durante un breve lapso de nuestra historia social.

En 1916 la Liga de Telegrafistas se convirtió en Federación. Durante mucho tiempo actuó la Liga de Empleados de Comercio. En 1925 quedó estructurada la Liga Nacional del Magisterio.

En La Paz, en 1919, quedó estructurada la Liga de Empleados y Obreros de Ferrocarril, en base de los delegados de las diferentes empresas ferroviarias existentes entonces. Se trata de un caso sorprendente, de una organización que, al menos por lo que dijeron sus dirigentes, sostuvo principios revolucionarios. En las historias del sindicalismo deliberadamente se olvida de ella, por carencia de documentos o porque resulta difícil explicar su presencia en medio de la evolución del movimiento obrero. Los propiciadores de la nueva entidad demuestran con los hechos que se consideraban a sí mismos en la categoría de funcionarios públicos, como gustaba catalogarlos el Estado.

Una de las particularidades del sector consiste en que los auténticos proletarios se encontraban desperdigados a lo largo de las ferrovías (los peones, mecánicos, electricistas, etc, que viven en pequeños campamentos), esto excepción de las maestranzas (Uyuni y Viacha), que eran considerables concentraciones obreras. Este hecho determinaba que, en la generalidad de los casos, los portavoces del movimiento resultaban ser oficinistas, elementos de la planta de empleados y a veces de elevada categoría.

Los que estructuraron la Liga de Empleados y Obreros de Ferrocarril fueron, precisamente, empleados y no pocos de ellos fuertemente ligados a la clase dominante. Las prontas escisiones de la Liga y las repulsas que se generaron contra ella estuvieron alentadas por quienes estaban más cerca de las capas proletarias. La organización de los sindicatos de ferroviarios había comenzado en 1912, en la estación de Molliní y en 1918 ensayó adquirir dimensiones nacionales. En 1922 los ferroviarios plantearon una serie de reivindicaciones sociales.

El presidente de la Liga fue Héctor Borda, hermano del pintor Arturo, que trabajó también en las oficinas del ferrocarril en Oruro, y que en cierto momento llegó a la secretaría general de la FOT paceña. La flamante institución no tardó en recibir el apoyo de las oficinas del interior.

La liga llevó a la práctica novedosas conquistas y que de lejos denuncian que se movía bajo la influencia foránea: la lucha coordinada con los ferroviarios del exterior, particularmente con los chilenos, y la creación del "fondo de resistencia" (bolsa prohuelga). Cuando estalló un movimiento huelguístico en

el Norte chileno, la Liga envió ayuda pecuniaria a los obreros que luchaban. El fondo de resistencia había sido instituido con miras a ser utilizado en los futuros paros que se descontaba iban a llegar. Esta forma de utilización del método de la huelga, que pone de relieve la enorme importancia que se daba al internacionalismo proletario, no ha vuelto a repetirse en el movimiento obrero boliviano.

La acción directa fue reconocida como método propio de los trabajadores y se dijo que la lucha debía conducir a una sociedad sin explotados ni explotadores. Todo esto se venía repitiendo en el exterior desde tiempo atrás. Los documentos de la Liga, sobre todo la "Memoria" anual, rezuman marxismo. En diciembre de 1929 se planteó un atrevido pliego de peticiones.

Quienes se agruparon alrededor de la Liga dieron pruebas de que su voluntad era la de influenciar en escala nacional, no solamente sobre los ferroviarios, sino también sobre los mineros, lo que en cierta manera resultaba una actitud inédita. Propuso la organización de Ligas de empleados y obreros en las minas.

¿De qué manera los empleados de ferrocarril arribaron a posiciones tan radicales, a un marxismo de contornos ortodoxos? Alrededor de algunas organizaciones giraban agitadores profesionales, marxistas confesos, militantes de organizaciones de tal filiación, inclusive pertenecientes a la Internacional Comunista. Nada de esto ha podido detectarse en el caso de los ferroviarios, excepción de la propaganda foránea. A esta altura se puede decir que el cerebro y animador principal era Héctor Borda y algunos datos que se poseen permiten afirmar que fue lector de Marx. Sin embargo, toda su actividad futura parece desmentir estas conclusiones.

Bien pronto se produjo un impase entre el directorio central de la Liga y los comités de obreros ferroviarios de Uyuni y Oruro, centros de mucha importancia. Los disidentes le negaron a la Liga jurisdicción en escala nacional y prácticamente la desconocieron como organización obrera. La escisión, que se tomó inevitable, pese a los esfuerzos hechos desde La Paz por armonizar los movimientos de las diferentes entidades, tuvo lugar en 1920, cuando en Oruro se dio nacimiento a la Federación Ferroviaria, que convocó al primer congreso del sector para 1921.

2

LA MASACRE DE UNCÍA

En las minas no dejó de vivirse un ambiente de inquietud y de permanente rebeldía. Menudearon las explosiones instintivas y los actos punitivos de las autoridades. En 1918 se registró un movimiento reivindicativo en "La Salvadora", importante mina de Patiño, que fue seguido de una masacre. ¿La primera de la serie? En el mismo año los trabajadores de la mina Pulacayo protagonizaron una huelga. Pero, mucho más antes, en 1904, en ese distrito ya se habría registrado un conflicto, esto según algunos informes que circulan. En 1921 hubieron también huelgas en Huanuni, Pulacayo y Corocoro.

Uncía, que todavía seguía siendo sección provincial, pues la capitalía tenía como asiento la población campesina-minera de Chayanta, comenzó a perfilarse como uno de los distritos más importantes de la era del estaño. La lucha por la concentración de la propiedad y capitales de la minería, ya estrechamente vinculada al capitalismo internacional, se libraba de manera impetuosa, dramática e incontenible. Las maniobras financieras se desarrollaban acompañadas por largos e intrincados pleitos judiciales, en cuyo desarrollo se ponía en evidencia que ciertos abogados y políticos no eran más que empleados de determinadas empresas. En el distrito de Uncía se asentaban las pertenencias de Patiño, las de la empresa chilena-inglesa denominada "Compañía Estañífera Llallagua", la del ingeniero inglés Minchin, etc.

Empecinados cateadores y mineros no cedían ante la tentación de las libras esterlinas que generosamente corrían entre las manos de contratistas, obreros, comerciantes, etc. Los empresarios que habían logrado empinarse sobre sus vecinos o competidores, no dubitaron un sólo momento en recurrir al winchester para defender sus supuestos derechos o para imponer sus ambiciones. Los gerentes de ese entonces (estamos pensando en el chileno Emilio Díaz, tan odiado por los mineros, y en el tarambana Máximo Nava, que hasta llegó a ser ministro de Estado) eran más gangsters que especialistas en administración

de empresas o en el laboreo de las minas. Hasta los obreros recurrían a las armas para defender una veta recién descubierta del pillaje de los vecinos. Era a su modo la historia del "Oeste" boliviano, como también lo fue la aventurera explotación de la goma en el Oriente.

Pulacayo, Potosí, Corocoro, Uncía y otras minas recibían abundante popaganda marxista, anarquista y hasta de la Internacional Comunista venida del exterior. Ya hemos indicado que excepcionalmente Corocoro contaba con una Federación de Mineros y Obreros, la otra excepción fue Uncía.

El primero de mayo de 1923 se constituyó la Federación Obrera Central de Uncía, que reunía a los delegados de las empresas de Patiño y de la Compañía Estañífera Llagua y también de los obreros de la población civil, si se nos permite este término. La empresa La Salvadora había ya trasladado su ingenio a Catavi, de donde emergía imponente una descomunal chimenea del horno de calcinación.

Guillermo Gamarra, carpintero de oficio y se dice que en alguna forma ligado al rey de la coca, había sido destacado por el Centro Obrero de Estudios Sociales para realizar labor proselitista y organizativa en dicho centro minero. Fue pues el principal animador de la Federación y jugará un papel principal en los acontecimientos futuros. A su lado actuaron otros elementos de avanzada, totalmente ganados por el radicalismo marxista, entre éstos se contaban el peluquero Gumercindo Rivera y el peruano Fernández. Estos activistas recibieron en alguna forma la cooperación de militantes liberales disidentes, como fue el caso del abogado Melitón Goytia, portavoz nada menos que del saavedrismo en Uncía, donde hizo correr tan generosamente sangre obrera. Por mala fe o por mala información, las autoridades dijeron públicamente que los cabecillas de los mineros habían tomado contacto y trabajaban coordinadamente con los campesinos de Chayanta, que protagonizaron un alzamiento de considerables proporciones.

Las empresas hostilizaron y dejaron sin trabajo a los obreros que se los consideraba federados. Les desagradaba que los mineros dependientes de diferentes empleadores actuaran coordinadamente y, mucho más, que mantuviesen relaciones con el resto del movimiento sindical del país. Era visible que la FOT orureña se vinculaba con frecuencia con los mineros.

La Federación demandó a las gerencias empresariales y al propio gobierno se garantice su libre funcionamiento y se devuelva el trabajo a los obreros despedidos. Hubieron charlas, viajes de delegados sindicales a La Paz, promesas de solución, pero se impuso la intransigencia de las empresas, que no tardó en traducirse en medidas represivas bestiales. Por petición de los patrones se concentraron en el distrito algunas unidades del ejército. Cuando se procedió al apresamiento de algunos elementos (entre ellos se encontraba el abogado Goytia), los trabajadores y parte de la población de Uncía se concentró en la pequeña plazuela donde se encuentra ubicado el edificio de la subprefectura. En medio de vivas y mueras de la multitud estalló un cachorro de dinamita, que fue la señal para que los uniformados disparasen sobre la multitud dejando como saldo varios muertos. El teniente coronel Ayoroa, un militar sobresaliente y que ya se sentía presidenciable, tuvo a su cargo la ejecución material del crimen.

La masacre de Uncía estremeció a los explotados de todo el país y los opositores a Saavedra, incluyendo a los sectores de la clase dominante, utilizaron la hecatombe como su bandera preferida. Al genocidio siguió la sañuda persecución. Los dirigentes fueron confinados a diferentes lugares del país, la violencia imperó en Uncía para evitar que la Federación volviese a ponerse en pie. Es recién en el año de 1927 que se intentó organizar una Liga Obrera del Trabajo.

Como se ha visto, los mineros esta vez no pedían mejores condiciones de vida o de trabajo, sino el reconocimiento del derecho que tenían de sindicalizarse y de dirigir ellos sus federaciones como creyeran conveniente. Las ametralladoras del ejército estuvieron dirigidas contra el derecho de sindicalización. Toda la propaganda desencadenada por el oficialismo alrededor de la tragedia estuvo cuidadosamente calibrada para encubrir la verdadera esencia de los hechos. La lección dejada por los mineros, fue soberbia: ofrendaron sus vidas para que los trabajadores bolivianos pudiesen tener sindicatos. La masacre constituyó un hito sangriento en el camino de la estructuración de la clase.

La diatriba opositora contra Bautista Saavedra impidió comprender debidamente el papel de los diferentes gobiernos, incluidos los llamados populares u obreristas, en un país sometido a minería, que los intereses de la gran necesariamente chocaban con los nacionales e inclusive con las necesidades diarias del mismo Estado burgués, a la voluntad y al dinero de la metrópoli imperialista. Lo primero que, no tiene que olvidarse es que empresarios e imperialismo configuran tanto la conducta y fisonomía de los gobiernos

criollos como todo el ordenamiento jurídico que le sirve de basamento al Estado.

Más que nunca el mecanismo demoliberal del sufragio capaz de expresar fielmente la voluntad popular, supuestamente de toda soberanía, aparece como una descomunal ficción. El Estado nativo ha dejado de ser soberano porque se mueve en el marco de las imposiciones de la metrópoli opresora y saqueadora. Por muy izquierdistas que sean los gobernantes elegidos por la "voluntad popular" (una voluntad que actúa y piensa obediente a las poderosas presiones que sobre ella ejerce la clase dueña de los medios de producción), no tienen más camino que ceñirse e imponer las leyes dictadas en servicio de los enemigos del país. Esos izquierdistas están condenados a traicionarse a sí mismos o bien a ser derribados del poder. Cuando la gran minería era el verdadero amo del país, los izquierdistas para poder oficiar de gobernantes y realizar su "obra" no tenían más camino que convertirse en sirvientes de los explotadores y de los grandes centros financieros que los protegían. A eso conducía la vía parlamentaria. Otra cosa habría sido que los "izquierdistas" concluyesen educando y organizando a las masas para que, en su momento, expropiasen al imperialismo y a los dueños de los medios de producción. Lo último no se le podía plantear a Saavedra, que era -es preciso recalcar- uno de los eslabones de la clase dominante.

El caudillo populachero dictó disposiciones legales que buscaban mejorar las condiciones de vida de los trabajadores: leyes sobre accidentes de trabajo, abono obrero, reglamentación de las huelgas, etc. Pero, al mismo tiempo, no pudo menos que cumplir su función fundamental: preservar la intangibilidad de la gran propiedad privada frente a toda amenaza seria de los explotados. Cuando las grandes empresas mineras catalogaron a la Federación Obrera Central de Uncía como a su mayor enemiga en ese momento, como a la más seria amenaza para el futuro funcionamiento de la explotación minera, el gobierno, el Poder Ejecutivo, que como tal monopoliza el poder compulsivo, no pudieron menos que actuar como fuerza represiva de los trabajadores, buscando concretamente disolver y perseguir su organización en una poderosa institución sindical. Saavedra no se traicionó, se realizó como gobernante de una semicolonias sometida a la voluntad despótica de algunas grandes empresas, cuyo mayor florecimiento se consideraba uno de los requisitos para el engrandecimiento nacional, etc.

El político Bautista Saavedra, excepcional porque ha dejado en letras de molde toda la evolución de su pensamiento, llegó al convencimiento de que en el país no podía aplicarse la democracia formal en toda su amplitud y en las postrimerías de su actuación se inclinó en favor del esquema fascista, al que curiosamente llamaba socialista, era un jurado adversario del marxismo. Su experiencia gubernamental le permitió ir muy lejos en esta su evolución política.

Lo que hemos señalado permite explicarnos el caso de militantes socialistas convertidos en instrumentos de una política francamente procapitalista y antiobrera: prisioneros del monstruoso aparato estatal concluyen ejecutando tareas francamente reaccionarias. Ese fue el caso de Adolfo Morales, militante del Partido Socialista argentino y convertido en ministro de Fomento de Saavedra. Tuvo a su cargo la realización de charlas con los mineros en conflicto, la firma de documentos destinados a ser desconocidos en los hechos, etc., en fin, aparece enredado en la sucia masacre. También políticos de la línea tradicional supieron sacar ventaja de la titánica y declarada lucha de los obreros contra sus explotadores. Hernando Siles, entonces una estrella nueva en la constelación liberal que estaba en ascenso y haciendo méritos, viajó a Uncía a imponer la paz. Logró su objetivo porque supo actuar con tacto y sonriendo cínicamente a las fuerzas en pugna.